

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

NÚM. 214

Sevilla—Miércoles 18 de Septiembre de 1901

AÑO XXV

LOS CAMBIOS

Todas las cuestiones relacionadas con el crédito merecen en estos momentos atención preferente y resoluciones radicales, si hemos de normalizar nuestros mercados y acallar la justa alarma que reina en el país.

Pero si miramos el problema sin apasionamientos, y estudiamos sus causas, vemos de un lado atados los agiotistas y jugadores de ventaja que dan el salto, el pego, y hacen toda clase de trampas, de esas que ni en el más inmundo garlito se toleran; y observamos de otra parte al Banco, a ese Banco de España, de espíritu absorbente, que no está contento con nada, y no se sacia con aumentar y aumentar de continuo esas tiradas de papel, y aumentar al propio tiempo su capital y los dividendos a los afortunados accionistas.

Los gobiernos incapaces que aceptan el poder para servir intereses puramente dinásticos, y un cúmulo de compromisos que les ahogan y que destruyen, inutilizan ó matan cualquiera buen propósito, son responsables directamente de este desequilibrio de nuestra moneda; y si por acaso algún ministro, tímido y sin acometer el problema de frente y con energías, ha iniciado los medios para corregir el mal, entonces ha venido la palanca de la obstrucción parlamentaria, y puestas han quedado sus iniciativas y archivados sus proyectos de ley en las Cámaras.

Por algo tienen representación los potentados, los magnates, las casas de banca y de crédito en las Cámaras; por algo los consejos de administración y las direcciones de las grandes empresas andan siempre en manos de los políticos; y por algo hay partidas crecidas en los libros de esas empresas que no se justifican y que la Asamblea de accionistas deja pasar sin impugnarlas ni combatir. Porque conoce el secreto de su inversión y sabe que esa partida representa inmensos beneficios a la empresa, y es la garantía de todas las impunidad.

A 42'50, a 43 y 44, llegarán los cambios y subirán como la espuma, pero no en perjuicio del mercader ni del banquero, ni del agiotista muchos viven de eso, y verán ustedes como los tenderos repiten la suerte del 1898, que aumentaron el precio de los garbanos de Fuentesauco por el alza de los cambios.

Comeremos más caro, vestiremos más caro; todos los artículos de importancia subirán hasta las nubes, y pagará la subida el que aquí lo paga todo, siempre el pobre consumidor, el manso pueblo.

No disminuirán las fiestas palatinas. Las orgías de nuestras clases privilegiadas, con su lujo, su fausto y su ostentación, se repetirán casi a diario; y nuestros políticos, y todos los que a costa del país se han enriquecido, no sentirán merceda su fortuna, ni les afectará para nada que una peseta valga sesenta céntimos ó cuarenta; se hace la cuenta con arreglo a la depreciación ó cotización del día, y su gubeta no sufre disminución. En cambio, la situación del pueblo es muy triste, que ve cómo suben hasta el cielo los artículos de primera necesidad, y que con su salario, con su sueldo, con su industria ó con el ejercicio profesional, no se obtiene lo necesario para satisfacer al diario público, ni para proveerse de lo indispensable para la vida.

¡La solución! La solución de este conflicto gravísimo es la más fácil, pero hay que proceder a ella con voluntad firme y con energía para imponerla.

Esto no lo pueden realizar los gobiernos de la restauración ni los hombres de la monarquía, esto no se puede conseguir en un régimen; en el que si alguna vez el poder público intenta algo, le atajan el paso los grandes parlamentarios, y queda frustrada completamente su iniciativa y pérdida y defraudada su buena intención.

Esto no lo pueden lograr tampoco los hombres de grandes compromisos; para esto se necesitan varones esforzados, hombres austeros y energéticos, que miren de frente el conflicto, y sin contemplaciones para nada ni para nadie, borren de un plumazo y supriman de una vez los privilegios y las autorizaciones de que disfrutaban afortunadas compañías.

Hace falta un hombre que, sin consejos de Estado, sin consulta, sin comisiones ni nada que se le parezca, y sin contar a los periodistas su pensamiento, lo lleve a la *Gaceta* de tal modo, que nadie lo conozca hasta que haya comenzado a ejecutarse, y lo que deba caer, que, cuando quiera apercibirse, tenga el golpe sobre los hombros.

Los republicanos y la República concluirían en un día con todos estos conflictos que la monarquía no puede resolver; pero los republicanos de poca historia y de ningún compromiso, con tal que tengan sentido común y valor bastante para la empresa, que si los hay, y muchos; lo que hace falta es buscarlos.

A. A.

Murmuraciones

No pasa día sin que el ánimo no se nos entristezca con una mala noticia.

Ayer quedó desmentido, de una vez para siempre, el casamiento de nuestra princesita con uno de los grandes duques rusos.

Hoy... otra desgracia en puerta: la retirada de Reverte del toro.

Afortunadamente—y a ruegos de varios amigos—este atleta de la tauromaquia moderna, que no ha dejado en paz a los cirujanos de la península ni a los del extranjero, ni hay botica española de la que él no se haya surtido, desiste de la retirada, y hará el señalado favor de seguir sosteniendo enhiesta la bandera del valor y de la temeridad españolas por todos los circos taurinos de España y del extranjero.

La infausta noticia no es, pues, todo lo infausta que hacía presumir.

Anunció Reverte que se iba a retirar, pero... en vista del clamoreo de los cirujanos y de los boticarios, volverá al ruedo a darles trabajo otra vez.

Casi lo mismo nos ha sucedido con nuestro celebrado general Weyler.

Para llenar las filas de nuestro Ejército, bastante claras, pidió 80,000 hombres en buen estado de salud y con la marca.

Se sublevaron contra dicho señor hasta las piedras de las calles, y él, duro de corazón como buen héroe, insistió en mantener sus desusadas pretensiones.

Pero luego ha resultado que no es tan bravo el león como la gente lo pinta; y al convencerse Weyler que por ese camino de los 80,000 hombres se va a dar de cara con la dimisión, porque ya no hay necesidad de héroes, y lo mismo le da a la nación que mande Juan ó mande Pedro, ha aflojado su merced, y se contentará con los hombres que se necesiten.

Todo tiene arreglo en este mundo.
Lo que no lo tiene es la subida de los francos.

Y a propósito de los francos.
El Sr. Urzáiz, ministro de nuestra Hacienda pública, se encuentra preocupado con la cuestión de los cambios, y ya ha dado a entender que él arreglará esa cuestión tan espinosa.

Pero en tanto la arregla, porque esto no es obra de un día ni de dos, se hace necesario que sigamos pagando por un franco peseta y media.

O lo que es lo mismo:
Un francés vale por un español y medio.
Y para comprar una francesa tenemos que entregar una y media españolas.

Por las fronteras de nuestra España la mar de frailes entrando están.

Vienen en recuas, uniformados, y muy contentos por donde van.

Con ellos llegan, según las crónicas, guapas mujeres, jóvenes mil...

Dentro de poco nuestra península será un florido rico pensil.

Y para que se vea de que es cierta la irrupción frailuna, ahí va lo que dice un periódico de Valencia.

«Ya han levantado el vuelo.
Sin duda los religiosos franceses, hospedados en el Gran Hotel, enterados de las simpatías de que los frailes gozan en Valencia, comprendieron que era prudente pasar de largo, y

sin hacer nido, ayer mismo en el tren correo de Madrid largáronse con viento fresco.

Las damas que les acompañan mostrábase apesadumadas por abandonar tan pronto nuestro país, en el que ellas pensaban vegetar para mayor gloria de Dios.

Numeroso público presenció la salida de los frailes y sus amigos, que ocupaban cinco carruajes.

Les deseamos un feliz... descarrilamiento.
Ese deseo está de más.

Viajando por los trenes españoles, si no es por la tarde, será por la mañana ó por la noche; pero... ¡sin descarrilar no se escapan!

De lo que yo no respondo es de que salgan estropeados.

Porque, como esta gente siempre va cargada de escapularios y medallitas, y toda ella trae bendiciones del Papa como amuleto preservativo, es fácil que si un vagon del ferrocarril les pasa por encima de la barriga, no les haga daño.

Ayer os dí un sabroso párrafo del discurso pronunciado por D. Joaquín Costa en Salamanca.

A la va otro hoy; no tiene desperdicio:

¡Cultivemos el amargo recuerdo de la derrota, para que no se nos vaya de la memoria, como parece quería ya marcharse, y obre en nuestra alma como un acicate y una energía y un revulsivo salvador! Obligüemos a los hombres públicos a retirarse a la vida privada, para que el pueblo pueda salir a la vida pública. Ganemos el tiempo perdido, desterrando la palabra *mañana* del diccionario de la regeneración. Que el gobernante gobierne vestido de blusa, calzón corto y alpargata, sin más uniforme que ese, para que no olvide que ya se ha gobernado demasiado para la levita y para la americana. Fortalezcamos el vínculo nacional, y demos al propio tiempo testimonio de cristianos y de previsores, de hombres justos y de hombres de honor, ocupándonos de las clases trabajadoras y desvalidas, en el mismo grado siquiera en que se preocupan de ellas en Europa, con ser allí menor la necesidad; y no sea para unos edad de hierro la que para otros es edad de oro; y la vida media se reparta equitativamente entre todas las clases sociales, dejando de ser de veintiocho años para aquéllas, mientras para éstas es de cincuenta y cinco, ¡casi un doble!

No estoy conforme con eso de la blusa, el calzón corto y la alpargata.

Y conste que no es por la indumentaria, sino porque D. Joaquín parece también padecer del error en que están muchos grandes pensadores, creyendo que aquí no hay más esclavos que los de blusa, calzón corto y alpargata.

El signo no está en el traje, sino en la condición.

Dicen de Londres:
«En el pueblo de Hamle han contraído matrimonio Mis Rachel y Mis Elizabeth, hijas del almirante Fullerton, gentil hombre de Cámara del rey Eduardo, con dos jóvenes y gallardos marineros del pueblo, de quienes se enamoraron durante el último verano.»

Ese hecho no es novedad para nosotros los españoles.

En Madrid se cuentan cosas curiosísimas, aunque antiguas, que se relacionan con infantas y duquesas ó marquesas y soldados de la guardia.

Por cierto que eran dichas señoras más democráticas que las misas esas, porque no obligaban a los chicos a contraer matrimonio; sino que los dejaban en libertad de escoger novia.

Señores, no pasa día sin que haya un crimen atroz. Sevilla ya no es Sevilla: estamos en el Mogol. Yo no sé si el aguardiente arma esta revolución que se observa en las costumbres; pero resulta feroz esto de las puñaladas que por menos de un botón dan los padres de familia, después de tomar el sol, como el que lava y no enjuaga... ¡Qué bonita educación!

Dice *El Liberal* de Sevilla del día de hoy:

«En el buque de guerra que pidió el ministro de España en Marruecos, señor Ojeda, warchará a Marrakesh, llevando el ultimatum y la nota colectiva de las potencias, el primer intérprete de la legación española.»

¡A Marrakesh en un buque de guerra español!

¡Ah, sí!
Irán navegando sobre los camellos.

Esta empresa ten arevida estaba reservada para los españoles solamente.

Con nuestros buques anfibios vamos a todas partes.

CARRASQUILLA.

JUSTA PROTESTA

El tributo de sangre que anualmente pagan los pobres lo ha recargado esta vez el ministro de la Guerra en proporciones considerables.

Irrita a las familias españolas este desplante weyleresco. Y a fé que hasta la hora presente nadie ha entendido las razones especiosas en que funda el general la elevación tan exagerada del cupo.

Pero los argumentos que aducen contra tal medida los interesados, esos los comprende todo el mundo.

Arrancar (porque esta contribución es siempre forzada) del taller y del campo 80,000 hombres en los momentos que se proclama por los ministros las excelencias de la industria y de la agricultura como bases de regeneración económica, es una burla de mala índole.

Llevar al servicio de las armas 80,000 hombres cuando no hay colonias y deben estar reducidas las obligaciones, es un lujo impropio de una nación empobrecida.

Exigir para la defensa del régimen, que no de la patria, porque ésta no está amenazada, 80,000 hijos del trabajo, cuando hubo sobrante con la mitad de esa cifra en levas anteriores, es una resolución tiránica que merece todos los calificativos durísimos que la más exaltada indignación sugiere.

No vale argüir que si para cubrir bajas, para reemplazar licenciamientos, para regularizar la marcha de anteriores reformas, precisa ese tan crecido contingente de soldados. No vale nada de esto, porque las madres españolas no entienden de esos sofismas, ni quieren tragárselos, y hacen bien.

Dieron más que podían cuando, a pretexto de guerra, les pidieron brazos; y no quieren dar porque no deben, gollerías, porque un señor ministro, tirando a capricho planes en su gabinete, se empeña en una organización de esta ó de la otra manera.

Luego se queja el gobierno y el generalato de la notable prevención que hacia el ejército tiene el país. Y aunque no es del todo cierta tal afirmación, convengamos en que, si existe esa prevención ó desafecto, la culpa principal la tienen los gobernantes y los ministros del ramo, que exasperan al pueblo con disposiciones tan abusivas como la que venimos comentando.

Justísima y oportuna es, pues, la protesta de todos los padres en el actual instante.

Porque en punto a prestaciones personales, ninguna duele en España como el servicio militar, hoy ni educador ni equitativo; así como en punto a impuestos, ninguno aborrece el pueblo como el de consumos, ni moral ni edificante.

Si todas las exigencias de la vida del Estado el país las sufre resignadamente, la servidumbre de sus hijos, supérflua é innecesaria, no puede soportarla sin vigorosa protesta.

Es natural. Porque pensar lo contrario sería creer que las madres españolas tenían seco el corazón.

FRAY VERDADES.

¡Abajo los consumos!

De todas partes salen quejas en contra del «impuesto del hambre». Toda la opinión muestra rara y absoluta conformidad en que desaparezca este odioso tributo; y desde el Parlamento hasta la prensa levántase incesante clamoreo porque el impuesto de consumos se acabe de una vez para siempre.

En los partidos gobernantes, Villaverde, conservador, y Muret, liberal, votarían por la desaparición de los consumos; en los de oposición, desde Lerroux, Blasco Ibañez y Soriano, hasta los clericales como Melia, creen injusto el aborrecible impuesto.

De los proletarios no se diga: a nadie como al elemento obrero le es tan penosa la contribución de consumos, porque sobre el obrero descansa con más tiranía.

De suerte que bien pudiéramos asegurar que en España nadie aboga por el impuesto del

